



CON
MI
DE
MAR

Rosa
GRAU

Rosa Grau

CON M DE MAR

«Rosa Grau es divertida, es inteligente, y, sobre todo, es una buena escritora. ¡Leerla es garantía de pasar un rato genial!».

Juan Gómez-Jurado

«Leer a Rosa Grau es abrir una ventana al humor inteligente, al misterio y a la magia».

Santi Baró

«Como buena diosa creativa, Rosa Grau comienza hilvanando una historia y acaba bordando una obra llena de matices».

Las chicas Britt

«Rosa Grau es una autora como pocas. Sabe escribir situaciones como ninguna y hace pasar al lector de la risa al llanto en cuestión de un segundo. En esta novela no hace otra cosa que confirmar la calidad de sus tramas y la soltura de una pluma que termina hipnotizando a quienes la leen».

La magia de los buenos libros.

«Rosa Grau embauca con su estilo particular, fresco y diferente».

Beatriz Cáceres

ÍNDICE

PRÓLOGO

ERA GLACIAL: MEDIADOS DEL PLEISTOCENO.

ERA GLACIAL: FINALES DEL PLEISTOCENO

7 DE ABRIL DEL AÑO 30

AÑO 1345, EN ALGÚN LUGAR DE INGLATERRA

PARÍS, FRANCIA, 1794

MARTES, 13 DE SEPTIEMBRE DE 2018. HACE NUEVE MESES

Había una vez una bella Dama...

Que se encontró ante un dilema...

Que pronto pasó a ser un problema...

Llamémosle asesinato, llamémosle tocar las narices...

Que la sometió a una dura prueba...

Que a su vez la enfrentó a un reto...

De nombre, Daniel Ferrer...

Un caballero sin armadura tan atrayente como cínico...

Alto, guapo y conflictivo...

Que evidentemente necesitaba una lección de modales...

Claro que eso a ella le daba igual, porque como pensaba marcharse...

Eh, no tan rápido, dijo la Dama...

Como buen ejemplo de mujer independiente...

Puedo cambiar de opinión en medio segundo...

Porque estoy en mi derecho y...

Y porque estoy a un paso de conocer...

Mi verdadera naturaleza...

De primera mano...

Lo que podría definirse como...

Placer absoluto...

De mano del guapo y cínico caballero...

Que no dejaba de sorprenderme...

Y al que echaría mucho de menos...

Menuda mierda, dijo la bella Dama...

O no tanto.

Con M de Mar, con D de Daniel.

AGRADECIMIENTOS

Para los hijos, que con vuestro aliento insufláis vida a nuestra existencia. Allá donde os encontréis nunca estáis solos, nuestro amor siempre os acompaña.

*Nuestros caminos solo se cruzarán una vez.
Compórtate con dignidad.*

PRÓLOGO

Cuenta la leyenda que por las noches, cuando el manto oscurecido del cielo está cubierto por millones de estrellas que derraman esquirlas de luz sobre todos los habitantes de la Tierra, es fácil reconocer el sonido de mis pasos.

Cuentan los más ancianos que mi presencia es sombría y perturbadora, y que se me reconoce por la maldad de mis acciones y por la frialdad de mi acero.

Cuentan los cuentos de viejas que el que consigue ver mi rostro y salir indemne del encuentro ya nunca vuelve a ser el mismo; que su percepción de la realidad se distorsiona; que se vuelven crueles, egoístas e insensibles al dolor ajeno.

Cuentan tantas cosas de mí... que ya he perdido la cuenta.

Sus relatos están tan distorsionados que ya nadie me conoce como lo que realmente soy.

Sus historias tan ficticias que pesan sobre mí como una losa.

Sus miedos, silenciosos y exagerados como los grandes relatos bíblicos, no hacen honor a la verdad.

Esta es mi historia para todo aquel que quiera conocerme, para todo aquel que espera la muerte con miedo y ansiedad injustificada.

Y ahora, y más que nada porque ya le he dado un toque medianamente tétrico a mi presentación, que es lo que se espera de mí, voy a ser sincera. Hay dos cosas de las que estoy totalmente segura. La primera es que mi vida entre humanos siempre ha dejado bastante que desear. Y la segunda, que aunque mi mente dice que renuncie, el corazón me pide a gritos un último intento.

ERA GLACIAL: MEDIADOS DEL PLEISTOCENO.

La primera vez que adquirí condición humana lo hice en forma de niña de cinco años y con un tiempo limitado a un par de horas. Ya había sido advertida de la duración de mi estancia, así que no me sorprendí. Ser una niña fue lo que me dejó bastante descolocada.

Antes de comenzar a relatar mi historia debo decir que ese fue, a un tiempo, uno de los mejores y de los peores momentos de mi infinita existencia.

El mejor porque por primera vez pude sentir el tacto de la arena sobre mis manos, el soplo del viento en mi rostro y la frialdad del agua del arroyo que corría bajo mis piecitos.

Recuerdo que compuse una sonrisa de satisfacción y agité los dedos de los pies para saborear la novedosa sensación. También recuerdo que me dediqué a brincar y a saltar durante un buen rato sin más preocupación que la de sentirme viva, beber toda el agua que mi pequeño estómago pudiera soportar sin vomitar, y absorber los tenues rayos del sol que se filtraban a través de las tupidas ramas de los gigantescos árboles que crecían a orillas del río.

Acababa de empaparme por tercera vez cuando escuché una risa despreocupada. Me giré en dirección al sonido y vi a un niño y a una niña de mi misma edad. Ambos mostraban los rasgos físicos característicos de la época: morenos y con el cabello enmarañado, cráneo excesivamente desarrollado, cuencas oculares hundidas y mandíbula prominente. No eran los más guapos de la historia de la humanidad, pero entonces no pude saberlo. Sonreí y recogí uno de esos guijarros de colores que atrapan la luz del sol, el más bonito que encontré; si vas

a relacionarte con humanos lo mejor es presentarse con algo en las manos. No es una conducta que hubiera podido constatar anteriormente, puesto que anteriormente no existían los humanos como tales, pero me pareció una buena idea. Aunque dudo que alguien lo hubiera notado. Podría haber inventado la rueda y a todos les hubiera dado igual. Es lo que suele ocurrir cuando tu cerebro tiene el tamaño de una nuez y tus cuerdas vocales andan un poquito atrofiadas. En fin, el caso es que me pareció que el comportamiento de una niña bien educada implicaba presentarse con un regalo, y eso hice.

—Uggg, uggg —dijo el chiquillo en cuanto me encontré a un tiro de piedra de ellos.

Como por esos entonces todavía no conocía la importancia de saber idiomas, respondí con mi mejor voz de neandertal.

—Uggg, uggg.

—¿Uggg? —El chico frunció el ceño y me miró con mala cara.

—Uuuugggg, ug —procuré que ese simple sonido sonara amable y cariñoso a un tiempo y esboqué una sonrisa emocionada; mis primeros amigos desde que fui creada.

—Ufffggg.

Una vez superada la primera impresión; ese «Ufffggg» no había sonado nada amigable, respondí cautelosa:

—Ufffggg.

No debería haberlo hecho, o tal vez malinterpretaron mi escaso vocabulario prehistórico, porque la cuestión es que, sin venir a cuento de nada, dos pequeños cuerpos robustos y de escasa estatura empezaron a recoger piedras y me las arrojaron con saña a la cabeza.

Inquietante. Muy inquietante. Yo era la Muerte, no podía caer a manos de dos criaturas primitivas en miniatura. ¡Pero si ni siquiera me había dado tiempo a presentarme como es debido!

Noté un dolor horrible en la sien y caí hacia atrás. Todo se volvió borroso y, finalmente, negro.

Mala señal. Mortal, de hecho.

Y por eso digo que fue mi peor momento, porque mi primera incursión como humana no duró ni media hora.
Pero no me desanimé.

ERA GLACIAL: FINALES DEL PLEISTOCENO

Unos cuantos miles de años después, y tras dejar pasar un tiempo prudencial para olvidar la brecha de mi cabeza, me encontré lo suficientemente motivada como para volver a intentarlo. Me costó mucho convencer a mi Creador, pero lo conseguí. Eso sí, se me concedieron otro par de horas. Y no poseía alma, solo un cuerpo con el que poder relacionarme entre cromañones. Que por cierto resultaron ser mucho más amables que los neandertales, mucho más espabilados e igual de poco sentimentales.

Eché una ojeada alrededor y como reconocer el arroyo me horrorizó, me agaché e hice acopio de piedras con las que defenderme de niños especialmente agresivos.

Consciente de que debía comenzar con buen pie, lo primero que hice fue juntar las cejas y comprobar mi aspecto en el reflejo que me devolvía las cristalinas aguas: alto, moreno, cuerpo fibroso, andares erguidos y cubierto con pieles de oso que realzaban el castaño de mis ojos. Una notable mejora comparado con aquella niña cabezona y prognata.

Con ese cuerpo tan imponente no creí necesitar las piedras, así que las dejé caer a un lado y me dirigí a la primera persona que encontré.

La joven cromañona era toda una belleza de edad indeterminada: piel lechosa, una nube de cabellos castaños formando una maraña en lo alto de su cabeza, casi imposible de desenredar, bastante alta y con los ojos más bellos que había visto en la vida. Estaba sentada sobre una gran losa con vistas a un profundo valle.

Una parte de mí deseaba acercarse y entablar conversación. Y otra parte de mí deseaba salir corriendo en di-

rección contraria. Y una tercera parte deseaba reproducirse a velocidad supersónica.

Como buen neandertal que era, dejé que la tercera parte tomara el mando de la situación. Un buen tirón de pelo, una arrastrada hasta la cueva más cercana y... Y ya no sabría que más hacer puesto que mi trabajo consistía en apagar vida y no en encenderla.

Desde una distancia prudencial y disimulando mi nerviosismo, dije:

—¿Ugggg?

—¿Te has atragantado? —inquirió la cromañona. Su mirada no mostró ni recelo ni temor—. Si quieres, puedo ayudarte.

Lo dijo con tanto sentimiento, con tanto encanto, que no pude reprimir unas cuantas lágrimas traicioneras que no quedaban nada bien en un hombretón vestido con piel de oso.

—Estoy bien, gracias —respondí educadamente.

—Me alegro. Con los ruidos raros de garganta nunca se sabe a qué atenerse. —Ladeó un poco la cabeza y me regaló una sonrisa seductora de dientes casi intactos—. Mi anterior compañero empezó a emitir sonidos como el que has hecho tú y al cabo de dos lunas empezó a dormir y a vomitar y ya no despertó jamás.

Sabía de quién hablaba, me lo llevé un mes antes. Un patán en toda regla que disfrutaba dando palizas a su compañera por el bien de la convivencia.

¡Que se pudriera en el infierno!

—¿Necesitas algo? —pregunté con nerviosismo.

—Quizá —respondió de manera misteriosa—. ¿Qué puedes ofrecerme?

Quise decirle que todo yo era suyo para lo que quisiera. Pero no podía. Así que me contenté con mostrarme amable y, a ser posible, encantador e inteligente.

—Pídeme lo que quieras.

Una expresión de regocijo se extendió por su bonito rostro.

—¿Harás lo que te pida?

—Sí, lo haré —le respondí. Lo que no fue muy inteligente por mi parte, como se demostró tres segundos más tarde.

Bajó de la piedra y se dirigió hacia mí con una lentitud exasperante, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Quizá ella lo tuviera, pero mi tiempo era mínimo. Tenía que aprovecharlo antes de volver al trabajo.

—Gánate entonces el derecho a arrancarme el taparrabos de piel de oso que cubre mi fuente de la vida.

El corazón me dio un salto y mi tan cacareada sangre fría dio un traspie y se fue por los suelos al pensar que por fin iba a conocer la Fuente de la Vida. Avancé un par de pasos y me detuve justo a tiempo de cometer un acto que no tendría justificación. No fue fácil. Yo era de naturaleza curiosa. Pero entendí que al igual que mis secretos quedaban fuera de su alcance, los suyos también estaban muy lejos de poder serme revelados. Me conformaría con un revolcón rápido, y con los ojos cerrados; no quería abusar de mi buena suerte.

Miré hacia arriba y rogué para que un rayo no me partiera por la mitad, o se me obligara a regresar antes de las dos horas convenidas.

Estaba dando rienda suelta a mi imaginación y secándoseme el sudor que me mojaba las sienes cuando la cromañona me mostró una lanza muy rudimentaria; después señaló risco abajo, hacia la verde llanura que se extendía a nuestros pies y, más concretamente, a una manada de mamuts.

¿Qué? ¿De dónde se sacaba que pensaba ir de caza? ¿No había quedado claro que iba a enseñarme su Fuente de la Vida?

Superada la impresión, balbuceé:

—Sí, sí, claro. Cazaré para ti.

Sus pestañas aletearon y su seductora sonrisa se ensanchó antes de entregarme la lanza con aire despreocupado.

—Te espero en la cueva del fondo, tercer agujero a la izquierda.

La observé mientras se marchaba y la visión de su cimbreante y redondeado trasero me dio el pequeño empujón que necesitaba.

Confiado, empecé a descender por el risco hasta que alcancé la llanura. No muy lejos de mí había un pequeño comité de bienvenida. A mi derecha, los rudos y belicosos cromañones, y a mi izquierda, los mamuts. Ambos muy peludos y ambos con ganas de verme actuar.

Consideré la posibilidad de hacer aparecer mi guadaña y terminar con el tema cuanto antes, pero tuve dudas sobre quién o qué la haría descender. Así pues, imité sus movimientos, sus gestos agresivos, sus ademanes burlescos...

El corazón se me disparó, la boca se me secó, los músculos de todo el cuerpo se me tensaron anticipándose a la lucha sin cuartel que se avecinaba, mientras me asaltaba la imperiosa necesidad de regresar al risco arriba. ¿Debía atacar de frente? ¿Por la derecha? ¿Hacer un quiebro? No podía decidirme con tantos ojos mirándome, esperando a que cometiera un error.

Pero imaginé que en esa época era lo normal. Mucha presión sobre los mugrientos hombros para demostrar su hombría y poder poner un buen trozo de carne en la rudimentaria mesa sin dejarte la vida en el intento.

Di un grito que atravesó la llanura con la potencia de un trueno y eché a correr lanza en alto.

Me percaté de mi error cuando ya era demasiado tarde. No debí dar un grito tan sonoro y alarmante. La estampida de mamuts me pilló tan desprevenido que cuando vine a darme cuenta ya no podía ver los prados que me rodeaban.

Mala señal. Mortal, de hecho.

Noté un dolor agudo en la espalda y caí hacia adelante. Todo se volvió borroso y, finalmente, negro.

Mi segunda incursión como humano no duró ni media hora.

Pero no me desanimé.

7 DE ABRIL DEL AÑO 30

Unos veinticinco mil años después de mi encontronazo con los mamuts, me animé a probar suerte de nuevo. Se me concedieron las dos horas de rigor y aproveché la ocasión. Seguro que en veinticinco mil años los humanos habían pulido sus modales y las ganas locas de matarse entre ellos. Porque, en realidad, no habían sido los mamuts los culpables de mi prematura vuelta a casa. Habían acabado conmigo los malditos neandertales quienes, viendo la ocasión que se les presentaba, no habían dudado en actuar con la eficacia propia de una maquinaria bien engrasada y arrojaron sus lanzas contra todo lo que significara comida rápida.

Al principio no lo entendí. ¿Acaso no era más importante para un humano proteger a otro humano que llenarse la barriga? Pero tres mil años después recordé que, en cualquier caso, todo era culpa mía y quizá era preferible que me dedicara a arrebatrar vidas ajenas y no la propia. Me ahorrraba muchos sufrimientos.

Sea como fuere, el sentimiento seguía allí. Necesitaba saber. Necesitaba interaccionar. Necesitaba sentirme uno más.

Lo primero que hice fue echarme un vistazo. Varón. Anciano. Muy anciano. De unos doscientos años de edad. Brazos morenos. Piel deshidratada. Manos curtidas. Piernas delgadas y pies sobre sandalias de esparto. Sospeché que la ropa, consistente en unos pantalones de hilo envejecido y una camisa muy holgada, era consecuencia de mi mala vista. Me pasé las manos por el pelo y descubrí un corte muy convencional en forma de larga melena blanca, que no me disgustó del todo.

—Vamos, que te vas a perder la fiesta. Venga, vamos —me animó un desconocido que pasó por mi lado.

Abrí la boca, preso de la sorpresa, y sonreí.